

# EL P. MARTIN ODRIOZOLA,

## Maestro de Catequistas

DISCURSO LEIDO EN EL SALON DE ACTOS DEL SEMINARIO INTERDIOCESANO EL DIA 12 DE MARZO DE 1943

Con la más honda satisfacción acogí la noticia de que se me había designado para hablar en esta Academia de **La Obra catequística del P. Martín Odriozola.**

Dios me concedió poder sentir en mi propia carne los contrastes de la áspera dulzura de aquel santo varón. En él se cumplió plenamente esa ley (llamémosla así), esa ley hereditaria, por la que los hijos parecen haber sido vaciados en el mismo molde en que se fraguaron sus progenitores: de su Padre, aquel otro vaso de reciedumbre intrépida, dijo el poeta:

**"Tú eres como las nueces: tras la corteza  
(dura**

**Se halla la suavidad del corazón".**

Y yo, señores, no sé de ningún otro hijo de S. Ignacio de Loyola, que haya llevado más incrustado este rasgo en la tersa fisonomía moral de su alma.

Aún lo recuerdo: confundiéndose con el eco de la última palada de tierra con que acabábamos de cerrar la tumba del P. Odriozola, se oyó el gotear de una lágrima cristalizada en versos que dejaba caer el Pbro. Luis Eduardo Henríquez:

**"Supo aunar a los cálculos, la ciencia de  
(la vida:  
la suya fué un teorema de generosidad".**

Aquí está la razón de ser del cariño con que miraban todos al "Apóstol de los barrios perdidos". Una generosidad ancha, acogedora, envuelta en la rústica corteza de su brusquedad franca.

En la forzada brevedad a que me veo obligado en esta exposición, voy a concretarme a esbozar tres cuadros: **El Catequista; El Forjador de catequistas; Refle-**

**jos del activismo en sus catequesis populares.**

### 1.— EL CATEQUISTA.

Una afirmación rotunda se impone al que estudia la vida de este apóstol: **El P. Odriozola fué un gran catequista.** Yo no puedo traerlo a mi imaginación sin ver pendiente de su mano aquel símbolo de su apostolado, aquel compañero inseparable que hasta el sepulcro ha debido haberlo seguido, aquel maletincito, descolorido, ajado, surcado por los arañazos del tiempo, canal tendido entre la delicada mano blanca del rico capitalino y la oscura del pobre que se guarece bajo la hoja de lata de su pobre rancho.

Apenas llegado a Venezuela, inicia sus labores catequísticas en Pagüita a mediados de 1.919 y desde entonces su nombre, sufriendo más o menos transformaciones en las lenguas infantiles, se hace familiar en aquellos barrios que van alargándose hacia el este de Caracas. De Pagüita trepa por los áridos cerros de Monte de Piedad y el Observatorio reuniendo a sus catequizados en la capillita del Carmen. Los niños de los barrios que van surgiendo en las inmediaciones del Manicomio reciben con algazara la presencia del Padre. Luego comienza a hechar las bases de la Iglesia de Cristo Rey y su escuela-comedor aneja, estableciendo aquí el cuartel general de su ofensiva catequística; sigue avanzando hacia Los Flores, y en su alma apostólica y gigante van germinando proyectos: quiere llegar hasta el corazón de esos barrios que como por encanto van surgiendo de las quebradas y

colinas que circundan el valle de Caracas.

Una característica suya que a mí me entusiasma: el P. Odriozola fué siempre soldado de vanguardia: siempre en primera línea se introducía el primero en el campo enemigo, y una vez conquistado el terreno, dejaba (a veces hasta con heroica sencillez), que otros consolidaran y continuaran la obra, y él, perpetua punta de lanza de la ofensiva catequística, seguía avanzando.

Avanzando en terreno no conquistado.

Sólo Dios sabe el número de almas infantiles que moldearon sus manos de artífice de Cristo. Un solo dato: cuando el Episcopado Patrio se reunió en Caracas para elaborar el actual catecismo nacional, los Señores Oispos decidieron hacer una visita a la Iglesia de Cristo Rey, y para dar una grata sorpresa al Padre y a su chiquillería, hicieron preceder sus automóviles de mil vasitos de helado; se repartieron, y una buena cantidad de niños quedó sin su correspondiente dulce regalo: el P. Odriozola, en aquella improvisada concentración infantil, había llevado a su Iglesia más de mil niños de sus catecismos.

Es que realmente el P. Odriozola era un gran catequista. Las virtudes imprescindibles en todo catequista brotaban apretujadas en su corazón, aquel gigantesco corazón de apóstol que ya desde la cuna había ido ensanchándose al beber la brisa huracanada del Cantábrico.

**Piedad.** El catequista necesita ante todo piedad. Pero una piedad sólida, roqueña. No una piedad hipócrita, de mera impresión o blanduquería sentimentalista. Nuestro Señor Jesucristo ya nos trazó admirablemente la historia de esa piedad: edificada sobre un suave y fácil lecho de arena, a la primera embestida de la tempestad se tambalea y se viene abajo hecha pedazos. El P. Odriozola, formado integralmente en la inmovible y serena armazón de acero que es la espiritualidad ignaciana, poseía una robusta piedad que alimentaba y sobrenaturalizaba su apostolado.

**Amor al niño.**— La fórmula mágica en la pedagogía, clave del éxito, recomendada por los pedagogos de todos los tiempos desde Platón hasta S. Juan Bosco está en hacerse amar del niño.

Cuando los niños de Monte Piedad, Cristo Rey, Manicomio, y Los Flores, divisaban a lo lejos la silueta negra del Padre, que se destacaba sobre el fondo rojizo de a-

quellos barrancos, se lanzaban hacia allá en competencia de carreras, y los primeros tenían como premio poder despojar al Padre: el sombrero, el sobretodo, el paraguas, el maletín iban a parar a tantas otras manos infantiles: y entonces comenzaba el descenso de la cumbre, y comenzaban también aquellas conversaciones tan interesantes, en que uno se quedaba admirando la espontaneidad y sencillez de aquellos labios infantiles, y el corazón de niño de aquel hombre de hierro. Era que realmente, señores, aquella inteligencia que nos asombraba en las aulas del Seminario sintonizaba enseguida el alma infantil, y comenzaba aquella verdadera comunicación de ideas. El comprendía a los niños, y los niños lo comprendían a él; y por eso él los amaba, y los niños lo adoraban.

Su amor al niño era un amor tan natural sin la elevación sobrenaturalizadora que requiere el apostolado. "La cuerda del cariño natural, como agudamente observa Siurot, dura poco tiempo". Su memoria, admirable fichero de fórmulas matemáticas y principios morales, retenía con mucha dificultad las fisonomías y los nombres. A todos los seminaristas nos llamaba "Hermano"; a todos los niños, "pepito"; y a todas las niñas, "Rosita". A él no le interesaban sino las almas. Su pupila de Apóstol pasaba sin fijarse en el cuerpo, para detenerse tranquila y bienhechora en el alma.

#### **Constancia y espíritu de sacrificio.**

—Padre ¿adónde va?

—A la Cañada!

—¿Pero no ve que está lloviendo?

—Hermano: ¿quién te ha pedido consejo? Nunca se realiza una obra en serio, sin la constancia: **gutta cavat rupem, non semel, sed saepe cadendo**".

Y atravesaba la portería, y descendía la cuesta del Seminario para perderse en los lodazales de Cristo Rey, El Manicomio, o el barrio Los Flores. Era el episodio de casi todas las tardes de invierno durante 22 años. Al retornar, anocheciendo, a casa, sus pasos quedaban gravados en el tránsito de los Padres por una estela de huellas de barro. **Beati pedes evangelizantium pacem.** 22 años catequizando, y, por lo menos en los últimos 10 años, 6 catecismos semanales: el único día exceptuado era el que dedicaba a los matrimonios.

Durante 2 años lo acompañé a la Misa dominical de Monte Piedad y Cristo Rey:

y todavía revive en mi imaginación el espíritu de sacrificio de aquel hombre: a las 5 de la mañana iba saliendo del Seminario. En la capillita del Carmen confesaba, celebraba la Santa Misa, Predicaba, y luego, sin detenerse más que para ultimar algún matrimonio, o ayudar a alguna de sus pobres familias protegidas, trasponía la cumbre de la Academia Militar, y llegaba a "su Catedral" (como él decía) de Cristo Rey: allí otra vez lo esperaban confesiones, Misa, y predicación; y después, en la escuela, a las 11 de la mañana, cuando lo hacía, se sentaba delante del desayuno que desaparecía casi todo entre los innumerables "Pepitos" y "Rositas" que lo rodeaban.

### **I I.— FORJADOR DE CATEQUISTAS.**

Una de las máximas fundamentales del Padre Odriozola fué "hacer, realizar!"; y ya sabemos todos, no es necesario que yo lo demuestre, cómo su vida íntegra fué la realización dura de esa máxima. Pero vió que su acción personal, individual no bastaba a pesar de su total entrega y de su enorme capacidad de trabajo. Y por éso no se limitó a hacer él. Hizo hacer. Hizo que otros hicieran. Hizo desarrollar en otros el celo que se desbordaba de su corazón, aquel corazón, que como él decía, "pedía a Dios todos los días que se lo hiciera más grande que el mundo". A su sombra se fraguaron Sacerdotes que hoy, desparramados a lo largo y ancho de la Patria llevan adelante su apostolado eficiente. Y a su lado se forjaban también aquellos catequistas, que fueron el alma de la incipiente Juventud Católica Femenina Venezolana.

Una de sus colaboradoras más constantes y una de las dirigentes a quien más debe la actual Acción Católica Venezolana, Inés Ponte, dice: "Me dirigió 10 años, sin interrupción ninguna, desde que en 1.931 se fundó la Juventud Católica Femenina. El fué nuestro maestro de Acción Católica. A su lado hicimos los primeros ensayos apostólicos en el Catecismo de las grietas de esa brusquedad sebles: su método catequístico, y su espíritu de abnegación y constancia. . . El nos enseñó sobretodo que la base del verdadero y sincero apostolado es el sacrificio y la constancia. Obrar por Dios y por solo Dios. El mismo era con frecuencia áspero y desabrido con nosotras. No debíamos hacer el bien por el afecto que le profesáramos".

Sin embargo aunque acentuaba la brusquedad de su carácter al formar a los que a su lado se iniciaban, a veces por entre las grietas de esa brusquedad se abría paso su gran corazón. Un Seminarista le había estado acompañando a las Misas de Aguinaldo y había tenido que madrugar bastante por varios días. Cuando luego iban el domingo a Monte de Piedad, un poco antes de llegar a la parada del autobús el Padre nota que su acompañante ya dormido, y tocándole en el brazo le dice: "Hermano, no seas flojo, despiértate." Bajan del autobús y entran a la calle algo pendiente y tortuosa que conduce a la capillita. El Seminarista nota que, contra su costumbre, el Padre no le manda adelantarse. Y al llegar le dice el Padre: "Hermano, tú estás cansado. Hoy soy yo quien va a preparar lo necesario para la Misa, y a cuidar de los niños. Y tú, mira Hermano: tú te vas a sentar en ese confesionario y vas a dormir". Y el Seminarista acostumbrado a tratar a aquel hombre áspero y suave, inflexible y humano, durmió allí hasta que el Padre cuarenta minutos más tarde vino a despertarle.

### **I I I.— REFLEJOS DEL ACTIVISMO.**

El Padre Odriozola no fué un teórico, y por eso, y porque nunca permitió que se diera a la publicidad nada de lo que hacía, su obra no se puede conocer sino por los datos que van suministrando los que estuvieron a su lado. Una de ellas dice: "su método catequístico no es definible. Nosotras lo aprendimos teóricamente en aquellos inolvidables paseos por los cerros, y prácticamente oyéndolo a él".

Al ir estudiando la obra catequística del P. Odriozola, va delineándose ante mí una interrogación: ¿Puede hablarse de una pedagogía activa en el P. Odriozola? Ante todo, como he dicho al principio, una afirmación se impone: el P. Odriozola fué un gran catequista que resolvió el problema radical que tiene que resolver todo pedagogo: la atención.

Hay que tener presente que no fué un especialista que hubiera profundizado en estudios sobre pedagogía infantil. Pero sí sabemos que apoyado en su gran talento y en su amplio espíritu de adaptación al ambiente en que tenía que actuar, llegó a conclusiones interesantísimas y pintorescas. Al llegar a Venezuela venía con la experiencia adquirida en Oña y en Gijón. Conocía la pedagogía de Manjón y Mons. González. Cuando empezó sus catequesis

en los barrios de Caracas, el contacto con la realidad difícil que se le enfrentaba, hizo que sus conocimientos pedagógicos fueran evolucionando hasta formar un conjunto pedagógico peculiarísimo: se trataba de una auténtica criollización de la catequesis.

Una catequesis suya no se puede decir que tenga un corte estilo Manjón o estilo Montessori. Era imposible. En una escuela experimental, montada con todo el mobiliario requerido por la técnica, con el número de alumnos limitado por los expertos y ya más o menos con alguna preparación básica adquirida en el ambiente familiar, se comprendió fácilmente que un hombre dotado de cualidades pedagógicas naturales desarrolladas por una especialización concienzuda, pueda dirigir admirablemente una clase enmarcada dentro de las normas trazadas por Manjón, Montessori, o Decroly.

Pero ese no era el campo y las circunstancias que se le presentaban al P. Odriozola. El campo y las circunstancias que a él se le presentaban eran los mismos exactamente los mismos que en un mañana más o menos cercano se nos presentará a nosotros, párrocos de Venezuela, sobre todo párrocos rurales, que tendremos que luchar desesperadamente contra la absoluta carencia de elementos humanos y materiales.

El P. Odriozola tenía que enfrentársele, muchas veces solo, porque por una u otra causa, habían fallado los catequistas, a un enjambre de 200, 300, 400 y hasta 500 niños. Pero niños capitalinos, inquietos, precoces, niños de barrio, sin disciplina familiar, en locales entre divisiones, en las horas de cansancio de la tarde, después de largas horas de escuela. En este campo, en estas circunstancias tuvo que actuar el P. Odriozola. Y en ellas señores, fué un gran catequista y ha de ser nuestro maestro.

Conocía admirablemente al alma infan-

til. Célebre es el exámen primero que les hacía pasar para admitirles a la primera comunión: le preguntaba a uno: "Oye, Pepito, tú te vas a morir o no?" Si le respondía afirmativamente, lo admitía a las posteriores preparaciones y pruebas. Si le contestaba que no, él le decía sonriendo: "está bueno, hombre, tú eres de los inmortales". Y así iba formando aquél grupo de los "inmortales", es decir de los que todavía no habían llegado al uso de la razón.

Apoyado en ese conocimiento adquirido por el contacto continuo, fué haciendo experiencias hasta que llegó a encauzar en cierto modo la necesidad de moverse que sienten los niños, haciéndoles gesticular a medida que iban rezando las oraciones. Excitaba la iniciativa y el trabajo personal exigiéndoles la reproducción de la plática dominical y de los gráficos en que él les explicaba el catecismo; y se le veía entrar satisfecho al Seminario, con el maletín abarrotado de las interpretaciones más o menos personales, curiosas y pintorescas que sus catequizados le hacían. Se valió de las proyecciones cinescópicas, del cine y del canto.

"El secreto del método del P. Odriozola, dice una catequista, está en su forma intuitiva y visual. Cada idea va acompañada de una imagen, de un gesto, de una alusión cómica. El P. Odriozola grababa a buril en el alma las verdades de la religión". Una de las cosas más pintorescas de su catequesis era la realización declamada del Credo y otras oraciones, por los 400 niños reunidos en la Iglesia. Pero no se contentaba con explicar más o menos pintoresca y atractivamente las verdades especulativas del Dogma Católica: iba iniciando a sus catequizados y preparándolos para la vida cristiana; haciendo así realidad el deseo y fin expresado por el Pontífice Pío XII: "El catecismo debe enseñar a vivir la vida cristiana".

*Feliciano R. González A.*